

LUMINOSAS SIMPATIAS

NOS referimos a la condición que florece en el lírico vergel donde brillan las gemas del diamante que enriquece los versos de Carmela, como familiarmente se le dice a María del Carmen Pérez Cordobés, encantadora poetisa andaluza que borda sus estrofas con el oro de tanta simpatía, como la que en la gracia de su cara consigue embelesarnos:

Perdóname, Señor, cuando te digo
que está verde la caña de mi trigo;
sabiendo que a la trilla
sólo lleva los tamos mi gavilla.

No es verso de campanas volteadas, ni de voces con réditos atlánticos, pero es verso que llama a la alborada con los bíblicos gallos del sentido que revelan felices cualidades.

Así nos embelesa la machadiana humildad de María del Carmen Pérez Cordobés, como también así nos encanta cuando escribe:

Perdóname si el tallo de mi rosa
pretende dar la flor más olorosa,
sabiendo que el fragor de su perfume
con las gracias del alba se consume.

Perdona si la fuente,
en vez de darme linfa transparente
me presta las estrellas de tu frente.

Es un verso de límpidos reflejos, aunque no se alimenta con la llama que enciende vanidosas pretensiones, porque no necesita privilegios para alumbrar sublimes resplandores.

Le sobran admirables facultades para subir al trono de la gloria, donde le esperan ángeles sagrados con diplomas de brillos inmortales:

Perdóname si llevo
glóbulos de la sangre que te debo,
para alimento de esa gusanera
que clama por mi humilde calavera.

¿No es grande que una mujer, bien joven todavía, bonita y encantadora como la que más, en vez de presumir de hermosura, reconozca los fallos del destino que a todos nos acecha?...

La superlativa humildad de María del Carmen Pérez Cordobés, enciende luminosas simpatías en todos los altares de su gracia, ante los que nos honra descubrirnos, para arrojarle rosas a sus plantas y coronar su frente de luceros.